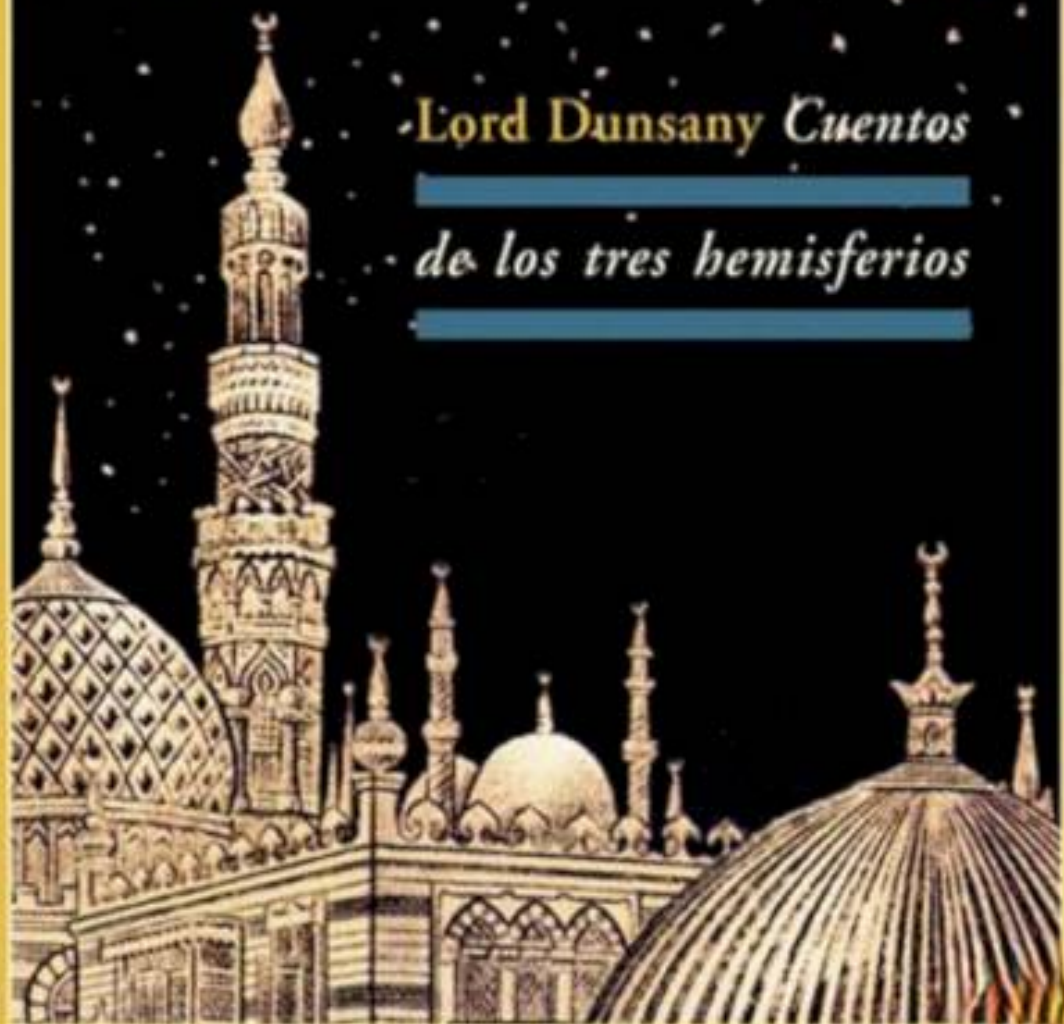




Lord Dunsany *Cuentos*
de los tres hemisferios



El irlandés Lord Dunsany (pseudónimo de Edward John Moreton Drax Plunkett, XVIII Barón de Dunsany, Londres, 1878 - Dublín, 1957), autor admirado por H. P. Lovecraft y Jorge Luis Borges y uno de los más originales fundadores de la llamada «fantasía heroica», es conocido sobre todo por sus cuentos, aunque no sean para nada desdeñables sus novelas, teatro, poesía y los tres volúmenes de sus memorias.

José Ortega y Gasset acogió en su *Revista de Occidente* los *Cuentos de un soñador* (1924), su primera publicación española. Estos *Cuentos de los tres hemisferios* que ahora presentamos, traducidos por Victoria León y prologados por Luis Alberto de Cuenca, habían permanecido hasta el momento inéditos en su conjunto, a pesar de ser uno de los volúmenes más representativos del autor y de su mundo.

Prólogo

QUE yo sepa, estos *Cuentos de los tres hemisferios* se traducen por vez primera al español. Corresponden al original *Tales of Three Hemispheres. A Collection of Stories* (Boston, John W. Luce & Co., 1919, y Londres, T. Fisher Unwin, 1920). Algunos de los catorce relatos que componen dicha colección sí habían aparecido en castellano otras veces. El celeberrimo *Idle Days on the Yann* formó parte de un libro anterior de Lord Dunsany, *A Dreamer's Tales* (1910), que se tradujo al español como *Cuentos de un soñador* en 1924 (Revista de Occidente)^[1]; consta también en *El país del Yann*, una de las entregas de la buscadísima Biblioteca de Babel de Siruela (1986). Las dos secuelas de *Días de ocio en el Yann* (como traduce Victoria León) o *Días de ocio en el país del Yann* (como figura en la versión de Revista de Occidente), que junto al cuento principal y una Nota de los editores se sitúan bajo el epígrafe *Beyond the Fields we know* (vertido aquí como *Más allá del mundo conocido*), a saber, *Una tienda en Go-By Street* y *El vengador de Perdóndaris*, vieron su luz primera en nuestra lengua en la antología *En los confines del mundo de Lord Dunsany*, preparada por Juan Antonio Molina Foix (Siruela, El Ojo sin Párpado, 1989). En otro florilegio dunsanyano anterior, *En el país del tiempo*, al cuidado de Francisco Torres Oliver (Siruela, El Ojo sin Párpado, 1988), se incluyeron *La oración de Boob Aheera*, *Oriente y occidente*, *De cómo los dioses vengaron a Meoid Ki Ning* y *Los dones de los dioses*. La mi-

tad, pues, de los relatos que conforman *Cuentos de los tres hemisferios* habían sido traducidos ya al castellano.

Pero la colección como tal, en el estado en que se publicó en Boston en 1919, nunca había sido vertida a la lengua de Cervantes.

Lo primero que leí del aristócrata irlandés Edward John Moreton Drax Plunkett, decimoctavo Barón Dunsany (Londres, 1878 - Dublín, 1957), fue *Una noche en una taberna*, pieza dramática en un acto incluida por Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares en su paradigmática *Antología de la literatura fantástica* (Buenos Aires, Sudamericana, 1940, páginas 99-111). Porque hay que decir que, además de escritor de cuentos fantásticos, novelista, poeta, cazador, soldado y jugador de ajedrez y de cricket, Lord Dunsany fue un reputado dramaturgo que participó activamente en el proyecto dublinés del Teatro de la Abadía, promovido y alentado por William Butler Yeats, y que hay incluso alguna pieza teatral suya en español (concretamente *Los dioses de la montaña* y *La sentencia dorada*, traducidas por Rafael Nieto: México, D. F., Cultura, 1919). Pasé después a sus *Cuentos de un soñador* en la versión anónima, prologada por Pradaic Colum, de 1924, una lectura que supuso para mí sensaciones inefables, pues nunca olvidaré dos prosas de esa compilación que se quedaron a vivir de forma permanente en la sala del trono de mi memoria: *Blagdaross, la historia de un caballito de madera*, y *Carcasona, el eco de una ciudad soñada*. Luego vino, en inglés, la antología *Gods, Men and Ghosts. The Best Supernatural Fiction of Lord Dunsany*, a cargo de E. F. Bleiler, con veinte ilustraciones de Sidney Sime (que ilustró como nadie sus relatos), que fue el volumen donde conocí *The Gods of Pegana*, otro cuento para el recuerdo.

Por completar mi itinerario por las páginas de Dunsany, me referiré a *Don Rodrigo*, una novela de 1922 que leí en traducción castellana de Teresa Alfieri con nota preliminar de Jaime Rest (Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto,

1977). Hay que tener en cuenta que, a partir de estos *Cuentos de los tres hemisferios*, que datan de 1919, nuestro autor derivó a la narrativa más larga y al memorialismo. El título original de la obra, ambientada en una España delirante en la que había una comarca denominada Valle de la Sombra, era *Don Rodríguez. Chronicles of Shadow Valley*. Me divirtió una barbaridad el Don Rodrigo dunsanyano. No dejen de enchufárselo en vena. Leí después *La espada de Welleran*, una colección de relatos de 1908, en traducción de Rubén Masera (Barcelona, Adiax, 1982), y, por último, otra novela, *The King of Elfland's Daughter*, o sea, *La hija del rey del país de los elfos*, también vertida por Masera (Barcelona, Visión Libros, colección Arcadia, 1983). Estoy, pues, preparado para disfrutar lo indecible de este nuevo saludo de Lord Dunsany en la escena bibliográfica hispana, auspiciado por mi viejo y querido amigo Abelardo Linares en su editorial Espuela de Plata. Dunsany dijo alguna vez que no había escrito una sola línea en su vida que no fuese inventada, imaginada, trascendida. Sumerjámonos, pues, en los universos forjados por la fantasía del decimoctavo barón Dunsany (el título nobiliario fue creado allá por 1439) y olvidemos la triste realidad de la vida por unas cuantas horas de benéfica, ensoñadora y siempre electrizante lectura.

Luis ALBERTO DE CUENCA
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente
Próximo (CSIC)

CUENTOS DE LOS TRES HEMISFERIOS

EL ÚLTIMO SUEÑO DE BWONA KHUBLA

Descendiendo por las neblinosas tierras bajas hacia el ecuador, allí donde estallan las orquídeas monstruosas, donde los escarabajos del tamaño de ratones se acomodan sobre los amarres de las tiendas de campaña y las luciérnagas resplandecen como pequeñas estrellas fugaces en medio de la noche, los viajeros atravesaron bosques de cactus durante tres días hasta alcanzar las llanuras abiertas que habitan los antílopes.

Mucho celebraron haber llegado a aquella charca —que un solo hombre blanco había visitado con anterioridad y los nativos conocían como el campamento de Bwona Khubla— y descubrir agua en ella. Ésta se hallaba a tres días de camino de la zona húmeda más cercana, y Bwona Khubla, cuando viajó hasta allí tres años atrás entre los temblores de la malaria y descubrió para su terrible decepción que estaba seca, había decidido quedarse a morir, determinación que es siempre fatal en aquel lugar del mundo. Estaba abocado a morir de todas formas, pero hasta entonces su asombrosa resolución, así como esa terrible firmeza de carácter que tanto había admirado a sus porteadores, le habían mantenido vivo prolongando su safari.

Sin duda tendría un nombre, algún nombre común de esos muchos que cuelgan a las puertas de docenas de tiendas londinenses, pero hacía mucho que nadie lo recordaba,

y ninguno permitía ya identificar su recuerdo para distinguirlo del de cualquier otro muerto sino el nombre que le habían dado los kikuyus, «Bwona Khubla». Sin duda sería un hombre temible; un hombre cuya fuerza sería temida aun cuando su brazo ya no fuera capaz de levantar el *kiboko*, aun cuando todos los suyos supieran que estaba muriéndose; un hombre al que incluso hasta hoy mismo se teme a pesar de estar muerto.

Aunque la malaria y el sol tropical habían agriado su temperamento, nada podía quebrantar su voluntad, que siguió conservando su fuerza impositiva hasta el último momento, según el testimonio de los *kikuyus*. Y cualquiera que fuese el país de donde hubiera llegado Bwona Khubla, había de ser sin duda un país de leyes férreas para haberlo obligado a salir de él.

En la mañana del mismo día en que iban a llegar al campamento de Bwona Khubla, todos los porteadores se dirigieron a las tiendas de los viajeros a pedir «*dow*». El «*dow*» es la medicina del hombre blanco, que cura todos los males y, cuanto peor sabe, mejor es. Querían «*dow*» aquella mañana para espantar a los diablos, pues se hallaban cerca del lugar donde había muerto Bwona Khubla. Y los viajeros accedieron a darles quinina.

Con la puesta de sol llegaron al campamento de Bwona Khubla y encontraron agua. De no haberla hallado, muchos de ellos habrían muerto irremediablemente. Sin embargo, ninguno mostraba gratitud alguna hacia el lugar, que parecía demasiado siniestro, demasiado impregnado de fatalidad, demasiado hostigado por un algo a la vez inevitable e invisible.

Tan pronto como estuvieron levantadas las tiendas, todos los nativos fueron de nuevo a pedir «*dow*» para protegerse de los últimos sueños de Bwona Khubla, que, según ellos, se habían quedado allí cuando el último safari recuperó su cuerpo para llevarlo hasta la frontera de la civilización y demostrar así a los blancos que ellos no le habían

dado muerte, pues los blancos no podían saber que ellos jamás habrían osado matar a Bwona Khubla.

Los viajeros volvieron a darles quinina, esta vez en cantidad que resultaba perniciosa para sus nervios. Sin embargo, aquella noche alrededor de las hogueras no hubo ninguna grata conversación. Todos hablaban al mismo tiempo de la carne que habían comido y del ganado que cada uno poseía, pero un silencio sombrío pendía sobre cada fuego y sobre cada refugio de lona. Dijeron a los blancos que la ciudad de Bwona Khubla, la que había sido su último pensamiento (donde los nativos pensaban que había sido rey), y sobre la que había estado delirando hasta que la soledad puso fin a sus delirios, se había asentado alrededor de todos ellos. Aquella extraña ciudad los aterrorizaba, y por ello necesitaban más «*dow*». Los dos viajeros, una vez más, les dieron quinina, pues pudieron ver auténtico temor en sus rostros y sabían que, de lo contrario, podían huir y abandonarlos en aquel lugar que también a ellos, sin saber por qué, había empezado a inspirarles casi el mismo terror. A medida que iba avanzando la noche, aquella especie de mal presentimiento fue haciéndose cada vez más intenso, y ello a pesar de compartir casi tres botellas de champagne que tenían intención de haber reservado para cuando hubieran matado un león.

Ésta es la historia que cada uno de estos dos hombres contó y que corroboran sus porteadores, si bien es cierto que un *kikuyu* nunca dirá sino lo que se espera oír de él.

Los dos viajeros se habían acostado e intentaban en vano dormir a causa de aquel mal presentimiento. El más espantoso de todos los gritos salvajes, el de la hiena, que semeja el lamento de un alma maldita, extrañamente había dejado de oírse. La noche avanzaba hacia la hora en que Bwona Khubla había muerto tres o cuatro años antes, soñando con «su ciudad» entre delirios febriles. De pronto, empezó a oírse un ruido, suave como el sonido del viento primero, como un rugido de bestias después, y finalmente,

como el inconfundible sonido de unos motores, de motores y más motores de autobuses. Entonces los viajeros dicen que pudieron ver, con una claridad que no dejaba lugar a dudas, en aquel desolado lugar donde el ecuador escapa del bosque y trepa por las montañas dentadas, que ante ellos aparecía la ciudad de Londres.

Puede que aquella noche no hubiera luna, pero dicen que el cielo estaba plagado de estrellas. La niebla había ido escalando durante la tarde las cumbres rojas, aún inexploradas, que se arracimaban en torno al campamento, pero añaden que más tarde pudo haberse disipado... Sea como fuere, ambos juran que pudieron ver Londres, que la vieron y oyeron su rugido. Y ambos afirman que la vieron, no tal como la conocían, degradada por centenares de miles de carteles publicitarios, sino transfigurada en una ciudad de casas magníficas, chimeneas coronadas por majestuosos pináculos, plazas extensas repletas de árboles hermosos... Pero, aunque transfigurada, seguía siendo Londres. Las ventanas, cálidas y alegres, resplandecían en la noche; extensas hileras de lámparas ofrecían su bienvenida acogedora; las tabernas eran lugares amables y elegantes; y, a pesar de todo, aquella ciudad, sin ninguna duda, seguía siendo Londres. Dicen que podían respirar los olores de Londres, que podían oír las canciones de Londres, aunque no fuera el Londres que ellos conocían. Era como ver el rostro de una mujer con los ojos de su amante, pues de todas las ciudades de la tierra y de todas las ciudades de las fábulas, de todos los lugares del mundo, santos o no santos, aquella ciudad que tenían ante sí era con mucho la más deseable.

Dicen que muy cerca de donde se encontraban se oía un órgano callejero y un cantante interpretaba una melodía con acento *cockney*, aunque, sin embargo, había algo en su canción que no podía ser de ninguna canción de este mundo. Ambos coincidían en que habrían podido llorar, pero los embargaba un sentimiento demasiado profundo co-

mo para mover al llanto. Creían que la nostalgia de aquel hombre dominante, capaz de dirigir un safari con sólo una mirada y aterrorizar a los nativos sin levantar una mano, había sido tan poderosa al final de su vida como para imprimir aquella huella profunda en la naturaleza y engendrar un espejismo que tal vez no se desvanecería durante años.

Mediante mis preguntas traté de descubrir la verdad o el engaño de esta historia, pero África había mermado en tal medida los nervios de aquellos dos hombres que difícilmente podían prestarse a un interrogatorio. Ni siquiera eran capaces de precisar si las hogueras del campamento seguían encendidas. Decían haber visto las luces de Londres a su alrededor desde las once hasta la media noche, haber oído las voces de Londres y el ruido del tráfico con absoluta claridad y, por encima de todo, quizás envuelta en una ligera bruma, pero inequívocamente, afirmaban que habían visto surgir la gran metrópolis de Londres.

Hacia la medianoche, la ciudad empezó a temblar y su imagen fue volviéndose paulatinamente más vaga. El sonido del tráfico comenzó a decrecer, las voces fueron haciéndose cada vez más lejanas, y todo volvió a una perfecta quietud cuando el espejismo se hubo desvanecido por completo y un rinoceronte irrumpió bufando en aquel silencio para beber en el Carlton Club.

EL CARTERO DE OTFORD

Los deberes de cartero en Otford llevaban a Amuel Sleggins más allá de la población, mucho más allá de la última casa del camino, hasta llegar al gran cerro desnudo donde estaba la cabaña a la que nadie osaba acercarse; nadie excepto aquellos tres hombres de aspecto sombrío que la habitaban, la hermética esposa de uno de ellos y, una vez al año, cuando llegaba aquella extraña carta en un sobre de color verde, el cartero Amuel Sleggins.

La carta verde llegaba siempre justo cuando empezaba la muda de las hojas e iba dirigida al mayor de los tres hombres sombríos con un hermoso timbre chino y el mata-sellos de Otford. Amuel Sleggins era el encargado de llevarla hasta la casa. No le asustaba ir, pues había estado haciendo lo mismo durante siete años, a pesar de que cuando el verano tocaba a su fin Amuel Sleggins solía enfermar con facilidad, y cuando ya podía percibirse algún indicio del otoño sufría unos temblores que hacían que todo el mundo empezara a murmurar extrañado.

Cierto día empezaba a soplar el viento del Este, aparecían los gansos salvajes después de haber abandonado el mar en vuelo alto entre sus raros graznidos, y pasaban hasta no dejar más que una delgada línea negra en el cielo como una varita mágica arrojada por un mago que trazara en el aire giros y piruetas; los árboles mudaban las hojas; la bruma cubría de blanco los pantanos; el sol se ponía gigantesco y rojo. Esa misma noche el otoño avanzaba silencio-

samente por el monte, y al día siguiente la extraña carta verde llegaba desde China.

Sin embargo, su temor a aquellos tres hombres sombríos, a la mujer hermética y a la solitaria casa apartada o al frío cadavérico de la estación moribunda, más bien reforzaba a Amuel cuando llegaba la hora de afrontar el día que había estado temiendo tal vez durante semanas. Ese día en que le aguardaba la llegada de la carta para la última casa del camino, se detenía a charlar un rato, se entretenía en observar los rostros de los que pasaban de camino a la iglesia y luego emprendía su larga caminata a través del monte solitario para terminar ante la temida puerta de aquella casa siniestra que en el pueblo se conocía como «la casa del monte».

Al llegar a la puerta de la casa del monte llamaba a su manera de cartero, como si se tratara de cualquier otra casa ordinaria, a pesar de que no había ningún sendero que llevara hasta ella, y aunque unos pellejos de comadreja colgados ocultaban las ventanas superiores.

Tan pronto como su llamada de cartero sonaba en la oscuridad de la casa el mayor de los tres hombres siniestros siempre iba abrir. Y cómo era su rostro. Había en él más astucia de la que su barba era capaz de esconder. El hombre tendía una mano cartilaginosa; Amuel Sleggings ponía en ella aquella carta procedente de China con la satisfacción de haber cumplido con su deber y volvía sobre sus pasos. Los campos se iluminaban ante él, pero entonces un murmullo débil, siniestro y nervioso empezaba a oírse en la casa del monte.

Durante siete años todo había sido así y nada malo había sucedido a Sleggings. Siete veces había ido hasta la casa del monte y otras tantas había regresado sano y salvo. Hasta que, tal vez porque ella era joven, tal vez porque era hermosa o porque pudo ver sus delicadísimos tobillos el día que apareció caminando descalza por entre las flores de los pantanos en primavera, un día sintió la necesidad de casar-

se. Cosas mucho más insignificantes han llevado a los hombres a la perdición y han sido los hilos con los que el Hado los atrapó en su carrera. Con el matrimonio entró en su casa la curiosidad, y una tarde de verano, mientras paseaban por el campo, ella le preguntó por la casa del monte que él sólo visitaba y qué clase de gentes eran aquéllas que nadie más había visto. Cuando hubo respondido a sus preguntas, ella se interesó por aquella carta de color verde procedente de China que llegaba todos los otoños, y quiso saber lo que ésta contenía. Él le leyó entonces todas las reglas de la Oficina de Impuestos Directos, le explicó que no podía ni debía saberlo e incluso, apelando a la autoridad del párroco, la reprendió por su curiosidad para que, finalmente, ella le exigiera conocer el contenido de la carta.

Durante muchos días discutieron sobre la cuestión. Eran los días cada vez más cortos del final del verano, y mientras discutían el otoño iba aproximándose lentamente trayendo consigo la carta verde de China. Al fin, él le prometió que cuando la carta verde llegara la llevaría como de costumbre hasta la casa solitaria y, entonces, buscaría algún escondite cercano y escalaría hasta la ventana al anochecer para espiar la conversación de aquellas gentes siniestras; tal vez alguno leyera en voz alta la carta de China.

Pero antes de haber tenido tiempo de arrepentirse de su promesa, cierta noche comenzó a soplar un viento frío y los bosques se volvieron dorados, los chorlitos empezaron a sobrevolar los pantanos en bandadas, el año llegaba a su fin, y entonces llegó la carta de China. Nunca antes Amuel había sentido tal desazón mientras desempeñaba su oficio de cartero, nunca antes había temido tanto el día que habría de conducirlo hasta el monte y a la casa solitaria mientras, sentada cómodamente junto al fuego, su esposa aguardaba complacida la satisfacción de su curiosidad con la esperanza de obtener aquella misma noche una información que todos los chismosos del lugar envidiarían. A Amuel sólo le quedaba un consuelo al partir con un escaló-

frío: aquel día había llegado una carta para la última casa del camino vecinal. Mucho se demoró allí para contemplar los rostros alegres de sus habitantes, para oír sus risas —no se oirían risas en la cabaña del monte—, y cuando ya hubo agotado el último tema de conversación y se quedó sin excusa para seguir entreteniéndose, exhaló un hondo suspiro y prosiguió su camino con paso lento y apesadumbrado, lo que hizo que llegara más tarde que en las otras ocasiones a la cabaña del monte.

Llamó a la puerta de roble cerrada con su golpe de cartero y oyó cómo el eco de su llamada reverberaba en el interior de la casa silenciosa. Vio al mayor de los hombres siniestros, distinguió su mano cartilaginosa, le entregó la carta procedente de China, y se volvió. Había un bosquecillo de árboles aislado en medio del monte, solitario y melancólico durante el día, que al caer la noche se llenaba de malos presagios, tan apartado de todos los otros árboles como lo estaba la cabaña del monte del resto de las casas. Cerca se hallaba la cabaña.

Esta vez Amuel no apresuró el paso al soplo alegre del viento joven del otoño ni rompió a cantar al tener de nuevo el pueblo ante sí, sino que tan pronto como se ocultó a la vista de la casa se volvió y, agachándose tras un doblez del terreno, fue hasta el desolado bosquecillo. Allí permaneció vigilando la maléfica casa desde una distancia que le permitía oír las voces. El sol ya estaba bajo. Eligió la ventana desde la que se proponía espiar a hurtadillas, una un poco atrancada a la espalda de la casa, cerca del suelo. Entonces aparecieron las palomas. No había ningún otro bosque en una larga distancia, por lo que eran numerosas las que anidaban allí a pesar de la pequeñez y el aspecto maléfico de la arboleda (si es que ellas podían percibirlo). La primera sobresaltó a Amuel. Le pareció un espíritu huido de alguna lóbrega sala de tortura de la casa que estaba vigilando. Al principio sus nervios se crisparon y empezó a sentir temores absurdos. Sin embargo, poco a poco fue acostumbrándose